

XVI.

CUAN DESOLADOR ES EL PROTESTANTISMO.

El corazón humano y la Iglesia católica, son obras de un mismo Autor, que es Dios. Dios ha creado la Iglesia católica, adaptándola maravillosamente á todas las necesidades del corazón humano.

Su autoridad doctrinal corresponde á nuestra necesidad de creer, porque sin autoridad no hay fé. Las ceremonias de su culto corresponden á nuestra naturaleza, la cual se compone de alma y cuerpo, y tiene por lo mismo, necesidad de asociar las cosas materiales al acto todo espiritual de sus adoraciones. La confesion corresponde á esa necesidad de penitencia y de perdon, que está en el fondo de nuestra alma pecadora. La invocacion de los santos y las oraciones por los difuntos, corresponden al sentimiento de la union eterna de las almas en Dios, y de la solidaridad de los hombres entre sí; y de este modo, sucesivamente, pudiéramos ir discurriendo por todos los dogmas, por todos los preceptos y por todas las prácticas de la Iglesia.

En el protestantismo al contrario, todo es

frio, triste y desnudo, como las paredes de sus templos, donde se siente que Dios no está.

¡Ay del alma estraviada ó viciada, que semejante al hijo pródigo, deja la casa paterna para trasladarse á las regiones desiertas y remotas del error! Apartada de la vivificante atmósfera, donde Dios por pura misericordia la habia hecho nacer, no respira mas que un aire helado, ni encuentra otra cosa que el vacío y la desolacion.

Para el que se ha hecho protestante, no mas freno en el momento de la pasion, pero tampoco mas consuelo al tiempo del remordimiento; no mas guia en el momento de la duda, no mas auxilio en el momento de la tentacion y de la prueba, no mas perdon seguro despues de la falta, no mas confesion que tranquilice y que perdone en nombre de Dios. Para ese pobre apóstata, no mas bellas ceremonias de la Iglesia, no mas imágenes de Nuestro Señor Jesucristo, no mas cuadros de la Santísima Virgen y de los santos. Sus doctores le dirán que eso es idolatría. No mas Crucifijo ni señal de la cruz, pues tambien calificarán esto de idolatría. No mas preces, ni respeto, ni amor á la Madre de Dios, porque igualmente lo tacharán de idolatría. No mas confianza en la intercesion de los santos, ni mas patronos y protectores en el cielo, porque asimismo clamarán que es idola-

tría. Y cuando llega la hora de la muerte, cuando el infeliz está solo, cerca de comparecer en el tribunal de Dios, cargado con todas las culpas de su vida, no mas sacerdote que le administre los últimos sacramentos de la Iglesia y que le diga con certidumbre: "Pobre pecador, puedes morir en paz, porque Jesus me ha dado el poder de perdonarte; y en su divino Nombre, yo te perdono."

Pero aun no hemos acabado. Despues de la muerte del apóstata, su cuerpo no será llevado á la Iglesia, sino que derechamente le conducirán á un cementerio, que no está bendito; pues para los protestantes, toda bendicion de esta clase, es una especie de idolatría. (*) En

(*) A este propósito referiré un hecho de que fué testigo, hallándome en el convento del Monte Carmelo, en el mes de Marzo último. Un judío de Jerusalem, que se habia hecho protestante, no escrupulizó en ir á hospedarse en la casa que los religiosos católicos tienen ahí para los peregrinos. Hablaba un poco de inglés, y un sacerdote irlandés que viajaba conmigo, no vacilaba en entrar con él en conversaciones de religion, con el objeto de ilustrarle y no sin esperanza de atraerle al catolicismo. Una noche el hebreo hecho protestante, calificó de supersticiones las bendiciones autorizadas y prevenidas por la Iglesia católica. El sacerdote irlandés le replicó con un argumento *ad hominem*, diciéndole: "¿Ahora es V. protestante anglicano?—Sí—Y los anglicanos ¿no bendicen el agua para el bautismo?—Sí—Luego cometen una supersticion, segun la doctrina en que V.

fin, si sus hijos se han hecho protestantes, como él, les será prohibido orar por su padre; pues el protestantismo no admite ni purgatorio, ni preces por los finados. No, ni una sola oracion por los muertos hay en ese culto desolador, ni siquiera una visita piadosa á su última morada. Con unas lágrimas impotentes y estériles, en el momento en que cae sobre el difunto el último puñado de tierra, todo está concluido entre él y los que le sobreviven, segun el sistema protestante.

Por lo que á mí toca, confieso que esta sola consideracion bastaria para demostrarme la falsedad absoluta del protestantismo. La necesidad de orar por las personas á quienes uno ha

se funda para condenar á la Iglesia católica"—Yo no pude menos de sonreirme al observar el embarazo en que esta conclusion puso al pobre ex-israelita. Su única salida fué esta: "El protestantismo anglicano todavia no está *puro*: le queda algo de *romanismo*"—¿Si irá el antiguo hebreo á concluir y perfeccionar la obra de Enrique VIII ó Isabel? Parece que no deben tener cuidado de esto los ingleses. Aquel judío, si mal no recuerdo, me dijo que habia logrado un empleo en la botica del hospital protestante de Jerusalem; y ademas estaba para casarse con la hija de otro judío *protestantizado*, que posee algunas propiedades cerca de Belen. Pescado el sueldo, no se ocupará mas en saber si el anglicanismo está ó no *puro*. Entre tanto, *no puro* como él le declaraba, le ha abrazado, tiene empleo y espera novia.—[Traductor.]

amado y perdido, es una necesidad tan profunda, tan imperiosa y tan natural al corazón del hombre, que una religión que niega esa necesidad y prohíbe satisfacerla, ya está juzgada de antemano. De manera que no hacía más que espresar el sentimiento universal, aquella pobre niña de diez años, que habiendo perdido á su madre, me decía á mí mismo con admirable energía: "Cuando yo sea grande y dueña de mis acciones, me haré católica; porque quiero pertenecer á una religión, que me permita amar á la Santa Virgen y orar por mi madre."

XVII.

EL JUICIO DE LA MUERTE.

Se ha dicho que la muerte es el eco de la vida. El momento de la muerte es un momento solemne, en que los sofismas pierden su fuerza, en que las ilusiones se disipan y en que la conciencia recobra sus derechos. En el pleito que las sectas protestantes ponen á la Iglesia, apelemos á ese fallo, cuya autoridad es suprema. Véamos cuál es el *juicio de la muerte*.

Ha habido protestantes que sé han hecho católicos y católicos que se han hecho protestantes. Examinemos cómo mueren unos y otros.

En presencia de la muerte, como durante la vida, los innumerables protestantes que han entrado en el gremio de la Iglesia católica, han estado llenos de esperanza y serenidad. Ni una sola espresion de arrepentimiento de haberse convertido, ni una sola inquietud sobre este punto, ni una duda, nada turba sus postreros instantes. Ellos creen, aman y entregan su alma á Dios, dándole gracias de haberlos hecho católicos. Desafío al protestantismo para que me cite un *solo hecho* siquiera, contrario á esta afirmación. Todos esos doctores, todos esos ministros, todos esos hombres instruidos y animosos, que aunque se habian educado en el protestantismo y le conocian á fondo porque le habian practicado, le han abandonado para hacerse católicos, mueren como el conde de Stolberg, tan célebre entre los sectarios, que despues de convertido murió lleno de gozo y de amor de Dios, bendiciendo al Señor por haberle hecho conocer la verdadera Iglesia, recomendando á sus hijos que orasen por los difuntos, y encargándoles que permanecieran firmes en la religión católica. Despues de haber recibido con humildad los últimos sacramentos, el ilustre moribundo repetía con celestial alegría: "Alabado sea Jesucristo."

¡Cuán diferente es la muerte de la mayor parte de los apóstatas, por no decir la de todos!

Cuando ellos no han perdido del todo el sentimiento de la fé en Dios y en la inmortalidad del alma, cuando no se han endurecido hasta el punto de hacerse materialistas ó ateistas, ¡cuántas inquietudes, cuántos remordimientos y cuántos terrores los agitan en sus últimos momentos! Ellos se acuerdan entonces de aquella Iglesia santa que abandonaron, y tiemblan al considerar *por qué* lo hicieron. Este mundo con sus seducciones, se desvanece delante de sus ojos espantados, cediendo el lugar á los pensamientos del juicio y de la eternidad que se acercan. Si todavía creen en la Sagrada Escritura, leen en ella con terror aquellas palabras de Nuestro Señor Jesucristo que los condenan: “¿Qué le importa al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?”

La muerte de los fundadores del protestantismo, todos ó en su mayor parte sacerdotes apóstatas, confirma la verdad de estas reflexiones, de una manera que espanta.

Lutero desesperaba de salvarse. Poco tiempo antes de su muerte, la infeliz mujer con quien vivía como casado, le mostraba una noche el firmamento, sembrado de brillantes estrellas. “Mira, maestro, le decía, ¡qué cielo tan bello! —No brilla para nosotros, respondió sombríamente el herejarca. —¿Es acaso porque hemos violado nuestros votos? respondió Catalina.—

Puede ser, repuso Lutero.—Pues si así fuere, volvió á decir Catalina, era necesario volver sobre nuestros pasos.—Ya es tarde; el carro está muy atollado,” concluyó Lutero, cortando la conversacion.

Hallándose el mismo Lutero en Eilseben, la víspera del día en que le atacó la apoplejía, decía á sus amigos: “Casi he perdido á Cristo, en esas grandes olas de desesperacion en que estoy sepultado.” Despues de alguna pausa añadió: “Yo que he salvado á tantos, no puedo salvarme á mí mismo.” Mas arriba he citado su testamento impío. El murió abandonado de Dios, blasfemando hasta el fin, y su última palabra fué una protesta de impenitencia. Su hijo mayor, que dudaba de la *Reforma* y del reformador, le preguntó por última vez, si perseveraba en la doctrina predicada. “Sí,” murmuró sordamente el gran culpable, y compareció delante de Dios.

Segun el protestante Schusselburg “Calvino murió de fiebre escarlatina, devorado por un hormiguero de gusanos y consumido por un tumor ulceroso, cuyo olor infecto no podía soportar ninguno de los asistentes.” (*) Este herejarca exhaló miserablemente su alma culpable, desesperando de salvarse, invocando á los de-

(*) Teolog. Calv.

monios, profiriendo los mas execrables juramentos y las mas horribles blasfemias. Juan Haren, su discípulo, y testigo ocular de su muerte, refiere que "Calvino murió desesperado, de una de esas muertes vergonzosas y desagradables, con que Dios ha amenazado á los impíos y á los réprobos.... Yo puedo atestiguarlo porque lo he visto con mis ojos. (1)

Espalatino, Justo Jonás, Isinder y muchos otros amigos de Lutero y corifeos del protestantismo, perecieron, desesperados los unos y locos los otros.

Enrique VIII murió diciendo que habia perdido el cielo, y su digna hija Isabel espiró en medio de una desolacion profunda, echada en el suelo, pues no se atrevia á estar en la cama, porque al principio de su enfermedad la habia parecido ver su cuerpo todo descarnado, palpitando en un brasero de fuego. (2)

¡Plegue al cielo que en vista de estas muertes espantosas, y considerando lo que es la eternidad, nuestros pobres hermanos, los católicos, que puedan ser tentados á abandonar la fé de la Iglesia, para seguir á aquellos desventurados heresiarcas, se acuerden de que ha de llegar un

(1) De vita Calvinii.

(2) Lingard, History of England, vol. VIII, Chap. VIII & Milner, Letters to a Prebendary, Letter. 8.

dia en que ellos tambien han de dar cuenta á Dios! Si piensan en la muerte, en el juicio y en el infierno, yo les aseguro que no se harán protestantes.

Sin embargo, si algunos han tenido la desgracia de ceder á la tentacion y de renegar de la fé católica, que no desesperen de la misericordia divina; y para esto que escuchen la historia, perfectamente verídica, de la muerte de un apóstata mas culpable que otros.

En un país limítrofe del Norte de la Alemania, vivia un sacerdote olvidado de los deberes de su santo estado. A fuerza de caer de desórden en desórden, llegó á tal esceso, que abjuró la fé y huyó de su patria para hacerse protestante. Aceptó ademas una colocacion de pastor, y así de predicador de la verdad, se volvió maestro del error. En este estado de enemistad con Dios pasó muchos años. Un dia le convidó á comer un predicador protestante, de una ciudad grande, que reunia en su mesa á otros muchos pastores protestantes de las inmediaciones. Mientras que juntos se divertian, vinieron á decir al pastor, dueño de la casa, que un pobre hombre se estaba muriendo y parecia tener necesidad de algunos auxilios espirituales. Yo no sé por qué motivo el pastor no pudo ir á ver al enfermo, y en consecuencia, el sacerdote apóstata se ofreció á reemplazarle en

aquel ministerio. Su oferta fué aceptada. Pronto le introdujeron en un cuarto, donde yacía en cama un anciano, próximo ya exhalar el último suspiro. El enfermo estaba desesperado. Leyóle el apóstata algunos pasajes de la Biblia; pero el moribundo por toda respuesta le dijo: "Yo estoy perdido, no hay perdon para mí. ¡Ay de mí! ¡Estoy condenado!" Quería el apóstata tranquilizarle, exhortándole á cobrar confianza. "No, no, repuso el otro, nadie puede auxiliarme, yo no puedo ir al cielo: mi pecado es demasiado enorme, debo ser condenado." — "Pero por amor de Dios ¿qué es?" repuso el apóstata: "¿De qué os sentís tan cargado el corazon?" Y el moribundo solo le respondia con las mismas palabras de desesperacion.

Rindióse, en fin, el moribundo á las vivas instancias del apóstata, y le dijo: "Lo que hace que para mí ya no haya ni salvacion, ni cielo, es que soy un sacerdote apóstata; y á este pecado he añadido otros, he resistido á las solicitudes de la gracia, he rechazado las divinas misericordias.... ¡Ay! mi falta es demasiado grande para que pueda ser perdonada. Estoy perdido. Nadie puede ayudarme."

Una revelacion como esta llenó de turbacion el alma del apóstata, que veia en aquel cuadro su propio retrato. En aquel momento la antigua fé le representó que habia un poder divino

é inamisible, conferido al sacerdote cuando se ordena; y él, con una voz conmovida, dijo al moribundo: "Hermano querido, yo puedo ayudaros. Esto es tan cierto, como que Dios existe; yo puedo ayudaros.... Yo tambien soy un sacerdote católico, os lo aseguro; y lo mismo que vos, yo tambien soy un renegado y estoy excomulgado. Pero como sabeis, en este artículo de la muerte, puedo absolveros, aunque me halle en ese estado."

Fué esto para el pobre moribundo, como si un ángel hubiese venido del cielo para darle consuelo y esperanza. Vencido por la infinita misericordia de Dios, que á la hora última de su vida, aun le ofrecia el perdon, y con el perdon otras gracias y la seguridad de salvarse, si hacia una buena confesion; hízola con los sentimientos del mas vivo dolor y del mas sincero arrepentimiento, obtuvo la absolucion y murió en la paz del Señor. Este golpe triunfante del amor divino, que quiere la salvacion de todos los hombres y busca á los mas grandes pecadores hasta su último aliento, hirió de tal manera al que habia sido instrumento de tamaña misericordia, que mudado inmediatamente su corazon por la omnipotencia de la gracia, desde aquel momento resolvió convertirse. De vuelta á la casa del convite, halló todavía reunidos á los comensales y les dijo: "Adios, señores.

Yo me vuelvo al gremio de la Iglesia católica, á la cual habia abandonado con tanta perfidia. Acabo de ver cuán terrible es la hora de la muerte para un apóstata. Gracias á Dios, por su especial providencia, yo me hallé ahí para ser, aunque indigno, instrumento de su misericordia; y pues esa misma misericordia infinita me llama á penitencia, voy á hacerla para reconciliarme con el Señor y salvarme.”

XVIII.

EL PROTESTANTISMO Y LA INCREULIDAD.

Los incrédulos y los racionalistas de nuestros dias, tratan con especiales complacencias al protestantismo y consideran á Lutero y Calvino como á sus propios abuelos. Tienen razon. Digan lo que quieran esos protestantes que todavía tienen algo de cristianos, la incredulidad que hace tantos estragos en la sociedad moderna, es la consecuencia lógica é indeclinable de la revolucion religiosa del siglo décimo sexto.

El protestante es un hombre, que en nombre del libre exámen, rechaza una parte de las verdades cristianas enseñadas por la Iglesia al mundo, con la autoridad que Cristo la ha dado. El incrédulo es un hombre, que en nombre de

ese mismo principio del libre exámen, vá mas lejos y rechaza todo el conjunto de esas verdades.

El protestante rechaza á la Iglesia, porque no la cree una institucion divina. El incrédulo rechaza á Jesucristo, porque no le cree verdadero Dios.

El principio es el mismo para el protestante y para el incrédulo. Esto es, en el uno y en el otro, la razon individual usurpa el lugar que corresponde á la fé, que es la sumision del espíritu á la autoridad de Dios. De consiguiente el protestante, sépalo ó no lo sepa, es un incrédulo en semilla; y el incrédulo es un protestante ya desarrollado, crecido, maduro.

Como en la bellota está el encino, porque sembrada aquella nace este; así la incredulidad está en el protestantismo, pues del principio de este nace la consecuencia de aquel. El camino de las negaciones forma una resbaladiza pendiente. Si el libre exámen de un luterano ó su razon, ya que así hay antojo de llamarla, le fuerza á rechazar la autoridad del Papa, que es el Vicario de Jesucristo; un calvinista dice que ese mismo libre exámen le hace rechazar la presencia real de nuestro Divino Salvador en la Eucaristía, dogma conservado por los luteranos. Por el mismo principio los socinianos, los ministros protestantes de Ginebra y una multitud

de sus colegas franceses, rechazan hoy, imitando á Voltaire y á Rousseau, la divinidad misma de Jesucristo; y por consiguiente abjuran el cristianismo y caen en la incredulidad completa, siempre en consecuencia del libre exámen. Los filósofos alemanes y franceses racionalistas y panteístas, de todos los colores, no se paran en Jesucristo, sino que se adelantan á negar la existencia de un Dios criador, todo esto tambien por la gracia del libre exámen. De consiguiente, lo repito y conmigo lo repetirá todo protestante que quiera ser franco y separer lógico: el libre exámen es el protestantismo en su principio esencial. Lutero, padre del libre exámen y del protestantismo, es por tanto el padre de la incredulidad, el padre de toda negacion anti-cristiana. (*)

El Sr. Eugenio Rendú, en su memoria sobre la instruccion pública en Alemania dice: “Estaba yo en Jena dos meses antes de la apertura del sínodo, en que debian reunirse los pastores protestantes de los diversos Estados de Alemania, y pregunté á un pastor, que era catedrático

(*) Este era el sentimiento del rey Enrique IV, siendo Calvinista. Entonces le parecia que protestante y turco, eran sinónimos en cuanto á la piedad, por lo cual decia escribiendo á la Marquesa de Verneuil: “Yo estoy endiablado; y si no fuera hugonote me haria turco.”

tico distinguido de Teología en la Universidad de la misma ciudad de Jena: ¿si se ocuparia aquella asamblea de cuestiones dogmáticas y doctrinales? No, me respondió él: se tratará de liturgia y de simples cuestiones de forma. Sobre los demas *no se puede pensar en entenderse*, porque desde que uno se pone en el terreno dogmático *Pist... Todo desaparece.*”

Eugenio Sué, uno de los gefes del partido anti-cristiano, ha escrito, entre otras cien líneas, las siguientes que recomendamos á la meditacion de todos los católicos y de los muchos protestantes que aman la verdad: “Los hombres de la libertad, dice aquel impío, los radicales, los racionalistas, han atacado tal vez inoportunamente al protestantismo, especie de religion transitoria, especie de puente, si puedo espresarme así, con cuya ayuda se debe llegar seguramente al racionalismo puro, aunque sufriendo esa fatal necesidad de un culto; porque la masa de la población, no sabia pasarse todavía ahora sin él.”

“Yo, libre pensador, penetrado de los peligros inherentes á toda religion, admito la necesidad de una religion (es verdad que transitoria); porque, digámoslo claro, hay que distinguir entre lo posible y lo apetecible.”

“Débese reconocer que en el mal hay grados y que el mal menor es preferible al mal absolu-

to." (*) El mal absoluto para estos impíos, es Jesucristo, es su Iglesia, es la religion, son los católicos.

Y pasando de la teoría á la práctica, Eugenio Sué formula los estatutos odiosos de una sociedad cuyos miembros no bautizarán á sus hijos, no se casarán religiosamente, no presentarán los cadáveres de sus difuntos en la Iglesia; en una palabra, renunciarán completamente toda relacion con la religion.

Otro impío, Edgard Quinet, gran preconizador del protestantismo y yerno de un pastor protestante, llama á las sectas protestantes *las mil puertas abiertas para salir del cristianismo*.

Diráse que los protestantes franceses, generalmente no van tan lejos. Es verdad que hay grados en el protestantismo, y que la incredulidad absoluta es el protestantismo en superlativo.

(*) Carta publicada en el *Nacional Belga*, Noviembre de 1856, y reproducida por todos los diarios del partido.

XIX.

EL PROTESTANTISMO Y LA REVOLUCION.

Todo protestantismo es revolucionario. No digo que todo protestante, sino que todo protestantismo; porque bien sé que el hombre no es siempre bastante lógico, para poner en armonía sus acciones con sus creencias. A veces vale mas el hombre que lo que piensa. Así como entre los católicos hay desgraciadamente muchos que faltando á sus principios, son revolucionarios exaltados, de la misma manera y por la propia razon de que son ilógicos, hay entre los protestantes un gran número de hombres, y hombres de saber y de talento, que son sinceramente amigos del orden entre los protestantes. Pero aquí se trata del protestantismo y no de los protestantes. Repito, pues, que todo protestantismo es revolucionario.

Mientras que el catolicismo es la sumision del corazon y del espíritu á la autoridad de la Iglesia, el protestantismo es la negacion de toda autoridad en materia de religion. Ahora bien, una vez establecido en principio que el hombre no debe reconocer ninguna autoridad religiosa: ¿no es sencillo y natural concluir, que

tampoco debe reconocer ninguna autoridad política ó civil?

El ilustre Ventura de Ráulica ha hecho sobre este punto las siguientes reflexiones:

“¿Por qué los que han negado obediencia á la Iglesia no la negarian al Estado? El protestantismo ó sea la rebelion contra la autoridad religiosa, encierra en sus entrañas el gérmen de la rebelion contra toda autoridad política.

“La historia del protestantismo da un testimonio elocuente de esta verdad. Donde quiera que él fué proclamado, su primer llamamiento á los cristianos para rebelarse contra el Papa, al instante se convirtió en llamamiento á los pueblos para rebelarse contra los reyes. Las mismas lenguas de los gefes de la pretendida *Reforma*, que formulaban blasfemias las mas atroces contra la Cabeza de la Iglesia, vomitaron los mas sangrientos insultos contra los soberanos de los Estados. Si para aquellos genios del desórden el Sumo Pontífice era un tirano, los príncipes fueron monstruos; y las guerras de religion que en aquella época desgraciada inundaron de sangre la Alemania, la Inglaterra y la Francia, no fueron en el fondo otra cosa que *guerras de revolucion*.

“Desde entonces el protestantismo ha simpatizado siempre, y en todas partes con todas las rebeliones; y todas las rebeliones han mostrado

hácia el protestantismo, muy notables simpatías. (*)

“Todo protestantismo ha sido siempre revolucionario, así como toda rebelion ha sido siempre en la esencia protestante.

“Del seno de los pueblos protestantes, ha salido el espíritu de rebelion que en estos últimos tiempos ha cundido en algunos países cató-

(*) Nótese que esto lo decia el Padre Ventura en 1857, predicando la cuaresma en las Tullerías, delante del Emperador Napoleon; y obsérvese como poco despues se han verificado, y continúan verificándose, hechos que confirman de un modo concluyente sus aseeriones.

1ª “Del seno de los pueblos protestantes ha salido el espíritu de rebelion,” decia el ilustre Teatino en Marzo ó Abril de 1857; y en Enero de 1858 salian de la protestante Inglaterra las bombas de Orsini, y de las bombas de Orsini salieron en 1859 la guerra de Italia, las insurrecciones de los Ducados y legaciones italianas, los asesinatos y las proscripciones de los Piamonteses en el reino de Nápoles.

2ª “El protestantismo ha simpatizado siempre con todas las rebeliones.” Las que han tenido lugar en Italia, poco despues de haberse espresado así el Padre Ventura, no tienen amigo mas declarado y entusiasta que el protestantismo inglés; el cual las ha ayudado con la diplomacia, con dinero, con juntas, y de cuantas maneras han estado á su alcance.

3ª “Todas las revoluciones han simpatizado con el protestantismo.” Las epístolas de Garibaldi, aunque tan insensatas, son el mejor comentario de esta aseerion del orador cristiano en las Tullerías. [Traductor.]

licos. Después que la pretendida *Reforma* quiso derribar el altar, todos los tronos se han conmovido. La revolución de la Francia católica, no fué mas que imitación de la revolución que antes se verificó en la protestante Inglaterra; pues al protestantismo inglés, le corresponde la triste gloria de haber introducido en la Europa cristiana, la moda pagana de asesinar jurídicamente á los reyes." (*)

(*) Alude el orador á la ejecución de Carlos I, rey de Inglaterra, y á la revolución que elevó á Cromwell y lanzó después de la Gran Bretaña á Jacobo II y la dinastía de los Stuart. Los últimos individuos de esta dinastía hubieron de morir en Roma, bajo la protección de los Papas, cuya autoridad habian desconocido é insultado sus antepasados.—Roma perdona siempre, sin exigir mas que el arrepentimiento; y no solo perdona, sino que ampara y favorece á sus enemigos en la desgracia. Así lo han experimentado todas las dinastías caídas, por mas que ellas se hayan mostrado en la prosperidad hostiles á la Santa Sede. Los Borbones, que llenaron de amargura el corazón del Santo Papa Clemente XIII, han hallado y hallan un asilo decoroso, grato y seguro en Roma. Lo mismo les ha sucedido á los Bonapartes, comenzando por Napoleón I, á quien el mismo Pio VII, en pago de haberle tenido preso en Fontainebleau, envió dos capellanes, Bonavita y Vignali; para que le consolasen en Santa Elena de las amarguras con que le abrevaba la protestante Inglaterra.—Esto solo prueba que el Papa es el Vicario de Cristo, pues vuelve bien por mal. [Traductor]

En virtud de ese origen comun, el protestantismo y la revolución se confunden cada dia mas el uno con el otro. Es verdad que los protestantes honrados rechazan esa unión que los espanta, pero ella se consume inevitablemente, en virtud del principio mismo que produjo la *Reforma*; y los órganos mas reconocidos del socialismo, lo proclaman así en alta voz. Por eso el revolucionario Edgard Quinet escribe lo siguiente: "Me dirijo á todas las creencias, á todas las religiones que han combatido á Roma: *todas ellas están en nuestras filas, quieranlo ó no lo quieran*, puesto que en el fondo, su existencia es tan incompatible como la nuestra con la dominación de Roma." Luis Blanc, otro jefe revolucionario, dice: "*Todo Lutero religioso escita necesariamente un Lutero político.*"

Mazzini, Garibaldi y los otros aventureros, que hace algunos años tuvieron bajo su perverso yugo la capital del mundo cristiano, creyeron no poder encontrar mejor medio de afirmar y consolidar en Italia la revolución social, que el de introducir el protestantismo. Por eso fueron distribuidas en Roma millares de Biblias falsificadas; y por eso tambien se formó el proyecto de dar á los protestantes la Iglesia del Panteon, que está en el centro de la ciudad. Garibaldi decia al ministro protestante Pozzi en 1850, al confiarle la educación religiosa de

su hijo: *La Biblia es el cañon que nos abrirá la Italia.*

Las publicaciones impudentes de los revolucionarios modernos, están á la vista de los protestantes lo mismo que las nuestras. Que las consulten. Con voz unísona los revolucionarios todos aplauden al protestantismo, *forma religiosa de la revolucion.*

Este es un hecho incontestable y público que merece la atencion de los hombres serios. (*)

Los que sean indiferentes hácia los intereses

(*) Y ya ellos lo han conocido. Por eso en el último conflicto entre el Sumo Pontificado y la revolucion en Italia, se ha visto que algunos de los protestantes mas sábios y honrados, como el Doctor Leo en Alemania, Mr. Guizot en Francia, y en Inglaterra los redactores del semanario THE UNION, han defendido noble, elocuente y decididamente los derechos del Papa, condenando las pretensiones, los excesos y las iniquidades de la revolucion. Hasta un judío, Mr. Cohen, ha visto que bajo el pretexto de libertad, de independencia y de nacionalidad, se quiere privar al Papa de su Soberanía temporal, para arruinar su autoridad espiritual; y que si fuera posible á los revolucionarios realizar este intento, luego no quedaria en pié ninguna religion en el mundo. Por lo pronto se hablaria de protestantismo, para caer inmediatamente en el racionalismo; y á nombre de racionalismo, se renunciaria á Jesucristo y á Dios criador, probablemente para adorar bajo la forma de una prostituta á la Diosa Razon, como en la primera revolucion francesa. [Traductor.]

sagrados de la fé, deben por lo menos, comoverse en vista de los peligros que amenazan al hogar doméstico.

“El socialismo, ha dicho un gran escritor, no es mas que el protestantismo contra la sociedad; así como el protestantismo, no es mas que el socialismo contra la Iglesia.” (*)

(*) *Del protestantismo y de todas las herejías, en sus relaciones con el socialismo;* por Augusto Nicolás.—Yo no podré recomendar demasiado este libro, en verdad notable, á todos los que quieran estudiar mas á fondo la gravísima verdad que no he hecho mas que indicar en este pequeño capítulo.—Consúltese tambien el hermoso tratado del P. Perrone, titulado: *El protestantismo y la regla de fé.*